

en fusion, tomaron al enfriarse formas curiosas particulares á las escorias y el basalto; mas adelante, retirándose al mar, pues todos aquellos montes han surgido del seno de las aguas, y continuando en sus filtraciones la humedad de la tierra, las mismas rocas han tomado colores tan ricos y armoniosos, y se han adornado con tan imponentes y graciosas estalactitas, cuyas altas y blancas columnatas parecen sostener las bóvedas y paredes de aquellos subterráneos, que el espectador se cree trasportado á una de aquellas admirables escenas de hadas que en Navidad labran la fortuna de los teatros de Londres.

Si en la ciudad ha faltado gusto al arquitecto que ha construido el palacio del rey, á lo menos respecto de su interior, en el de que nos ocupamos ha sacado el mejor partido posible de todas las ventajas que ofrecia la naturaleza, sin perjudicarle en lo mas mínimo. Por poco que el martillo hubiese tocado las rocas las habria desfigurado, y por lo mismo no se hizo mas que anivelar el terreno y practicar algunas hermosas escaleras para ayudar á bajar al interior de las grutas y hacerlas aparecer en toda su belleza (1).

La mas vasta y pintoresca de las dos cavernas se ha convertido en templo, y contiene muchos ídolos, de los cuales el mayor, que representa á Buda durmiendo, está completamente dorado.

Bajábamos de la montaña precisamente en el momento de llegar el rey, el cual empezaba á subirla. Aunque debia permanecer solo dos dias en aquel palacio de campo, centenares de esclavos le precedian, llevando un número inmenso de cofres, cajas, cestas, etc. Una multitud de soldados sin orden ni concierto formaban la escolta de S. M.; estaban vestidos con los trages mas singulares y ridiculos que pudiéramos imaginarnos. El mismo emperador Soulouque se hubiera probablemente reido de ellos, pues es seguro que su guardia veterana tenia un aspecto mas glorioso que la de su cofrade de las Indias orientales. Aquello era una mescolanza de harapos increíble, de que solo pueden dar una idea aproximada los monos ataviados que con tanta frecuencia se ven bailar al son de los órganos de los saboyanos. Eran sus trages de un grosero paño rojo, imitando los uniformes del ejército inglés; dejaban desnuda una parte del cuerpo, y eran todos demasiado anchos ó demasiado estrechos, largos ó cortos, nunca á medida; en la cabeza llevaban shakos blancos, y sus pantalones eran de todos los colores. En cuanto á los zapatos, son un lujo que á muy pocos está permitido. Casi todos andan descalzos.

(1) Debemos la vista de esta gruta y la de la llanura de Petchabury á la buena voluntad de M. Bocourt, mayor, naturalista del jardín Botánico de París, que ha puesto á nuestra disposición el álbum de acuarelas y fotografías que trajo de Siam en 1864.

Algunos jefes, cuyo continente está en armonía con el de sus subordinados, iban á caballo conduciendo á aquellos insignes guerreros, mientras el rey avanzaba lentamente en un calesin tirado de una jaca pequeña y sostenido al mismo tiempo por algunos esclavos.

Visité algunos de los montes destacados de la gran cordillera de Khao-Deng, que se halla á pocas leguas, y al efectuar mis escursiones estaba diluviando. Desde que llegué allí estuvo lloviendo casi continuamente, y tuve además que luchar sin tregua contra un enemigo mas cruel y mas odioso que nunca me habia hecho sufrir tanto como allí, y contra el cual nada puede, ni abanicazos, ni puñetazos, ni escopetazos, pues se hace matar con un valor digno de un enemigo mas noble. Aludo á los crueles mosquitos. Millares de ellos se ocuparon dia y noche en chupar mi sangre, y mi cuerpo, mi cara y mis manos eran todos una llaga, una vejiga.

Prefiero mucho tener que habérmelas con los animales salvajes de los bosques. Momentos hubo en que aullé de dolor y desesperacion, pues no es posible hacerse cargo de cuán espantosa es aquella plaga de demonios á los cuales Dante por un descuido dejó de conferir un papel muy importante en su infierno. Dificilmente podia bañarme, porque antes de empezarme á sumergir me habian ya medio devorado. El naturalista filósofo, que nos prescribe á aquellos vampiros como engendrados por la naturaleza para servir de ejemplo de prevision y amor paternal á la humanidad, no se habia visto, cuando escribia tan encantadoras frases cubierto como yo de picaduras y de sangre hasta el punto de dejarme casi ciego. Lo que es yo, no dejo de enviar al diablo el amor paternal de tan interesantes seres. En las cercanías de Petchabury hallé á una distancia de unas 10 millas varias aldeas habitadas por laotianos, los cuales, establecidos allí desde dos ó tres generaciones, proceden del Nordeste del gran lago Sap y de las márgenes del Mekong.

Su traje consiste en una camisa larga y un pantalón negro cortado como el de los cochinchinos. Su peinado, al menos el de las mujeres, es absolutamente igual tambien al de las cochinchinas; los hombres llevan el mechón característico de los siameses. Sus cantos y su manera de beber, con el auxilio de cáñutos de bambú metidos en grandes jarras, un licor fermentado hecho de arroz y de diferentes plantas, me recordaron lo que habia visto entre los salvajes stiengs, y hallé igualmente los bancartes y algunos instrumentos análogos á los de aquellos salvajes.

Las niñas tienen el cutis blanco comparado con el de los siameses, y sus facciones son muy agradables, pero engruesan mucho y pierden una gran parte de sus atractivos y encantos. Aislados en sus aldeas,

aquellos laotianos han conservado su lengua y sus usos, y no se mezclan jamás con los siameses.

XXIII.

Regreso á Bangkok.—Preparativos para una nueva expedición al Nordeste del Laos.—Partida.

Después de haber permanecido cuatro meses en las montañas de la provincia de Petchabury, de las cuales algunas, conocidas con los nombres de *Nakhou Khao*, *Panom Kuot*, *Khao Lamoune* y *Khao Samroun*, se elevan de 1,700 á 1,900 pies sobre el nivel del mar, regresé á Bangkok, para hacer los preparativos requeridos por la nueva expedición que tenia proyectada desde mucho tiempo y que debia conducirme desde Bangkok á la hoya del Mekong hácia la frontera de China. Tenia además que curarme de la sarna que habia contraído en Petchabury no sé cómo, pues todos los dias, á pesar de los malditos mosquitos, renovaba mis abluciones dos veces y hasta tres; pero esperaba desembarazarme de ella con un preparado de azufre y buenos baños. La sarna es una de las pequeñas contrariedades inseparables de la vida del viajero, contrariedad insignificante comparada con la mala noticia que recibí de que el buque de vapor, perteneciente á la casa de comercio de Gray, Hamilton y compañía de Singapur, en que habia cargado todas mil últimas cajas de colecciones, acababa de zozobrar á la entrada de aquel puerto. Hé aquí pues mis pobres insectos que me habian costado tantos afanes, tantas fatigas y tantos meses de trabajos ímprobos perdidos para siempre. ¡Ay! ¡cuántos objetos habia raros y preciosos que no podré reemplazar jamás!

Dos años hace que en la misma época, al principiar mis peregrinaciones por aquel país, me hallaba á poca diferencia en el mismo, á orillas del *Menam*, á algunas leguas del Norte de Bangkok. Las últimas tiendas flotantes de las inmediaciones, con su poblacion casi exclusivamente china, empiezan á escasear mas y mas hasta que por fin desaparecieron; la vista de las márgenes bajas del rio es algo montuosa, si bien descuelan las palmas que producen el arack y el coco, aparecen los techos de algunas cabañas, ó bien, en sitios siempre felizmente escogidos, las paredes blancas de una pagoda, rodeada de las modestas habitaciones de los bonzos.

Era la época de las fiestas. El rio estaba surcado por magníficas é inmensas pirogas, cargadas y adornadas con el lujo de hombres, dorados, esculturas y colores que solo el Oriente sabe desplegar, y que se cruzaban con las pesadas barcas de los traficantes en arroz, labradores y pobres mujeres que cambalachan con algunas nueces de arack ó con unos cuantos plá-

tanos. Solo en aquella época y en otras dos ó tres ocasiones el rey, los príncipes y los mandarines superiores exhiben toda su riqueza y su importancia. El rey se trasladaba á una pagoda donde iba á ofrecer sus presentes, precedido, escoltado y seguido de toda la corte. Cada mandarin se hallaba en una de las espléndidas pirogas cuyos remeros estaban cubiertos de telas de brillantísimos colores. Muchas embarcaciones estaban cargadas de soldados vestidos de rojo, distinguiéndose especialmente la del rey de todas las demás por un trono que tenia encima una torrecilla que terminaba en una flecha, y por el mayor número de dorados y molduras. El rey y que tenia á sus pies á algunos jóvenes príncipes, hijos suyos, saludaba con la mano á los europeos que se hallaban en el tránsito.

Todos los buques anclados estaban empavesados, y todas las casas flotantes tenian á su entrada un altar cubierto de diferentes objetos; delante del cual ardian humeantes odoríficas maderas.

Entre todas aquellas hermosísimas piraguas, la del Khromo Luang, hermano del rey, hombre muy inteligente, afecto, bueno y servicial con los europeos, en una palabra, príncipe y cumplido caballero, se hacia especialmente notar por la sencillez y el buen gusto de sus adornos y la librea de sus remeros, vestidos todos de blanco con cuellos y puños encarnados. Las demás libreas eran generalmente todas de un color rojo carmesí.

La mayor parte de aquellos dignatarios, sumamente obesos, estaban muellemente recostados en almohadones bordados y triangulares, en el centro de sus magníficas embarcaciones, bajo una especie de dosel alto y elegante. Una multitud de oficiales, mujeres y niños acurrucados y prosternados les rodeaba, dispuestos siempre á tenderles la urna de oro que les sirve de escupidera, cajas de arack ó teteras del mismo precioso metal, obras maestras de los plateros del Laos ó del Ligor. Cada embarcacion estaba tripulada por ochenta ó cien remeros, con la cabeza y el cuerpo desnudos, ceñida la cintura con una ancha banda blanca que hacia resaltar el bronceado color de su tegumento, y llevando todos un langouti rojo. Levantaban simultáneamente sus grandes remos y azotaban el agua acompasadamente, al paso que en la popa y en la proa, levantadas en ligeras y graciosas curvas, se veian dos esclavos que manejaban con destreza un gran remo, sirviendo el del uno de timón, y el del otro de bicharo para evitar todo choque.

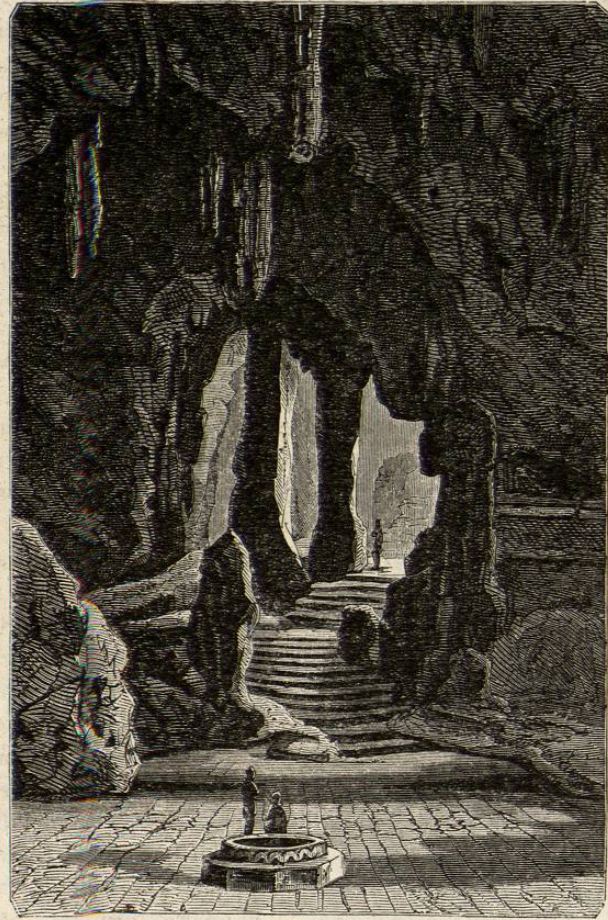
Un grito de escitacion salvaje se dejaba oír continuamente. «¡Ouah!... ¡Ouah!...» mientras que, por intervalos, el hombre de la popa respondia con otro mas prolongado y mas fuerte que dominaba todas las otras; después venian piraguas cargadas de músicos,

de remeros y de espectadores, de mujeres y tambien de nodrizas con sus crias.

Todo esto pasó rápidamente, y ya no se oian mas que los gritos lejanos y los sonidos apagados de los instrumentos, no se veian mas que otras embarcaciones subiendo y bajando el río, casi tan largas como las primeras, é igualmente hechas de un solo tronco de árbol no teniendo otro adorno mas que banderolas, mucho mas veloces y rivalizando en ligereza. Los hombres, las jóvenes, los niños, cada edad,

cada sexo tiene la suya; pero ¡qué esfuerzos, qué movimiento, y sobre todo qué ruido de voces confusas!

El golpe de vista era verdaderamente hermoso y estaba realzado por el resplandor de los mas vivos colores. De tiempo en tiempo se veia tambien aparecer, entre aquella multitud ruidosa y pintoresca, la barca de algun europeo, el cual se hacia notar por el enorme tubo de chimenea que ha adoptado para cubrir su cabeza en todos los puntos del globo.



Caverna cerca de Petchabury.—De fotografia.

Por la indiferencia que el pueblo mostraba era fácil conocer que no sufre esa espantosa miseria que se encuentra con demasiada frecuencia en nuestros grandes centros de poblacion. Cuando su apetito está satisfecho para lo cual le basta una pelota de arroz y un pedazo de pescado sazónado con un poco de pimienta, el siamés está alegre y es dichoso, y se duerme sin pensar en mañana. Es una especie de lazzaroni.

Como he dicho ya, dejé á Bangkok con M. Malherbes, que quiso acompañarme algunas horas mas allá

de aquella ciudad. Nos separamos dándonos un largo y cordial apretón de manos, y tambien enjugándonos cada uno una lágrima, abandonando al destino el derecho de reunirnos allí mismo ó en otra parte. La ligera embarcacion de mi amigo descendió rápidamente el río, y en algunos instantes se perdió de vista. Estaba de nuevo solo consigo mismo por un tiempo incierto; y con el corazón oprimido hice tomar de nuevo á mi barca su penosa marcha. No me permitiré largas digresiones acerca del particular; pero es siempre un cruel momento para el hombre, para el viajero que

ha dejado tras sí todo lo que le es mas querido en el mundo, familia, patria y amigos, separarse de un sitio hospitalario para penetrar solo en un país con frecuencia peligroso y mortal, ó privado por lo menos de comodidades. Solo los que han atravesado este momento pueden comprender una angustia semejante. Sé lo que me espera; me lo han prevenido los misioneros y los indígenas. No tengo noticia mas que

de un solo hombre, de un misionero francés que haya penetrado en el corazón del Laos. Hace de eso veinte y cinco años, y no tuvo sino tiempo para volver y morir inmediatamente en brazos del bondadoso y venerable prelado monseñor Pellagoix. Conozco la miseria, las fatigas, las tribulaciones de toda especie á que me espongo, no siendo seguramente las menores la falta de caminos y la dificultad de procurarme me-



Habitacion de un jefe de talapinos en Nophabury.—De fotografia.

dios de transporte. La menor indiscrecion puede valerme una enfermedad peligrosa ó una calentura mortal, y en aquellas regiones, en aquellos moféticos climas no siempre se puede ser prudente. ¿No hay acaso necesidad de someterse á las duras circunstancias, á los inconvenientes de la vida de los bosques y á las intemperies de las estaciones? Pero mi destino me lanza; siento que es preciso obedecer y marchar; me confío á la buena Providencia que ha velado sobre mí hasta ahora, y ¡adelante!

Ha llegado el correo pocas horas antes de mi salida de Bangkok y me trae buenas noticias de mi querida familia.

Estas noticias me han consolado de un contra-

tiempo que me habia afectado mucho. Me refiero á la pérdida de mis bellas colecciones á bordo del *Sir John Brooke* que ha zozobrado á 40 millas de Singapur. En ellas figuraban preciosos ejemplares que hubieran entusiasmado mucho á mis correspondientes, y mucho trabajo me ha de costar si quiero reemplazarlos. Pero la expresion del tierno y constante cariño de los que son objeto del mío, me hace olvidar tan sensibles pérdidas, y es como un incitativo para inspirarme aliento que me llega en el momento oportuno, en el momento de mi partida. ¡Gracias, mis buenos amigos! Yo seguiré durante mi viaje anotando mis breves aventuras, por cierto bien singulares. Yo no soy de esos viajeros que matan de un solo tiro un elefante y un

tigre. El mas diminuto insecto ó la concha mas insignificante si es desconocida bastan á mi objeto, y sin embargo no retrocedo en caso necesario delante de los terribles huéspedes de los bosques, y mas de un individuo de diferentes especies sabe cuál es el alcance de mi carabina y de qué calibre son mis balas. Todas las tardes, encorvado bajo mi mosquitero, ya dentro de alguna cabaña, ya al pie de un árbol, en medio de los juncos ó á la orilla de un arroyo, quiero platicar con vosotros; vosotros sereis los compañeros de mi viaje, y todo mi placer consistirá en confiaros mis impresiones y mis pensamientos.

Apenas me hube separado del escelente M. Malherbes, cuando descubrí en el fondo de mi barca una caja que habia embutido entre las mias. Ya en Petchabury me habia enviado tres, y ahora me colma de nuevos favores. La caja contenia algunas docenas de botellas de Burdeos, otras tantas de aguardiente, bizcochos de Reims, latas de sardinas y otra multitud de objetos que me recordarian, si pudiese olvidarlo, cuánto conmueve el corazon, lejos de la tierra natal, la amistad delicada y atenta de un compatriota.

Me llevó igualmente dulces y agradables recuerdos de otro escelente amigo, el doctor Campbell, de la marina real, agregado al consulado británico. Debo igualmente estar reconocido á sir R. Schomburg, cónsul inglés, que me ha dado repetidas pruebas de interés y simpatía; á monseñor Pellagoix y á su pro vicario; á los misioneros protestantes americanos; á la mayor parte de los cónsules y residentes extranjeros, principalmente á M. de Istria, nuestro nuevo cónsul; y por último, al mandarin encargado especialmente de la administracion y de los intereses de la poblacion cristiana de Bangkok, el cual tiene en sus venas sangre portuguesa de la buena época, y la revela lo mismo con su fisonomía que con su carácter.

A cuanto alcanza la vista las márgenes del Menam están cubiertas de soberbias mieses. La inundacion periódica les comunica una fertilidad comparable á la del Nilo, tan famoso desde la antigüedad mas remota. Tengo cuatro remeros laotianos, de los cuales hay uno que hace dos años estuvo á mi servicio por espacio de un mes, y me ha suplicado con mucho empeño que le permitiese acompañarme en mi viaje por su país, dándome á entender que me seria muy útil. Un hombre mas como criado (hasta entonces no habia tenido mas que dos) me convenia mucho, y despues de algunas vacilaciones accedí á su demanda. Felizmente para mí el buen Phrai no me habia abandonado, y digo felizmente para mí, porque me costaria mucho trabajo reemplazarle sin desventaja, y además le profeso singular afecto porque es activo, inteligente, laborioso y adieto. Su compañero Dang ó

«el rojo» es otro chino que solo ha hecho conmigo la campaña de Petchabury. Posee bastante bien el inglés, no esa incomprendible jerga de Canton, sino un inglés bastante regular; me sirve como intérprete, sobre todo cuando se trata de comprender á individuos que tienen siempre entre dientes una enorme mascada de arack. Además, en su calidad de cocinero, es de un interés sumo cuando añadimos un plato mas á nuestro ordinario, lo que suele suceder cuando un ciervo, una paloma ó aunque sea un mono tiene la fatalidad de dejarse sorprender y ponérseme á tiro. Confieso que esta última caza no me gusta mucho, pero forma con el perro salvaje y la rata las delicias de mis chinos. «De gustos no hay nada escrito.» El pobre Dang tiene tambien su defectillo. ¿Quién no tiene alguno en este mundo? Le gusta de cuando en cuando echar un trago, y lo he sorprendido con frecuencia sorbiendo, con el auxilio de una caña de bambú, el espíritu de vino de los frascos en que conservo mis reptiles, ó echándose al colete alguna botella de aguardiente, regalo de mi amigo Malherbes. Ultimamente, acosado de una sed devoradora, mientras yo habia salido por muy poco tiempo, se aprovechó de mi ausencia para abrir mi caja, y cogiendo, con la precipitacion del temor, la primera botella que le vino á la mano, se echó al colete de un solo trago una parte de su contenido; me presenté precisamente cuando se enjugaba la boca con la manga de su camisa. No es posible ponderar los gestos, arcadas y contorsiones del pobre diablo; gritaba con todas sus fuerzas que estaba envenenado; habia derramado una parte del líquido sobre su camisa, y tenia la cara toda tiznada; el desgraciado tuvo la mala suerte de tropezar con mi botella de tinta. Esto será, en mi concepto, una buena y provechosa leccion para su glotonería.

Los salarios de mis criados ascienden actualmente á 10 ticales cada mes, lo que, con el cambio, compone unos 40 francos. En cualquier otro punto estarian muy bien pagados, y sin embargo hallaria difícilmente otros al mismo precio para recorrer el interior.

Estoy otra vez en marcha, y veo aparecer las montañas de Nephabury y de Phrabat; la atmósfera es pura y serena, el tiempo agradable y el viento fresco. Todo en la naturaleza me sonrie, y me siento lleno de animacion y de alegría. Mi corazon se dilata en el camino tanto como parecia haberse encogido en Bangkok, ciudad que no merece mis simpatías; me parece que he crecido un codo desde que me encuentro en presencia de los bosques y de las montañas; aquí al menos respiro, aquí vivo, y allí me ahogaba; el espectáculo de tantos seres sin dignidad que se arrastran incesantemente reunidos en una sola localidad, me irritaba como pensador y me humillaba como hombre.

Desde el primer dia del viaje, la inundacion que cubre todo el Delta del Menam nos ha permitido alejarnos atravesando los campos y navegando en medio de hermosos rios; rio arriba de Ajuthia todo el pais está inundado, y solo cerca de las montañas las márgenes empiezan á levantarse cosa de 1 pie encima del punto mas alto que alcanzan las aguas. En varias direcciones empiezan ya á segar el arroz con cuya paja se forman gavillas, y dentro de unas dos semanas toda la poblacion campesina de ambos sexos estará ocupada en las labores de la cosecha.

En este momento los aldeanos se aprovechan aun generalmente del poco tiempo que les queda para gozar del *far niente*, para ir á las pagodas á llevar á los bonzos regalos que consisten principalmente en frutas y en tela amarilla á fin de que se hallen vestidos con limpieza durante el tiempo de la buena estacion que emplearán en recorrer el pais, pues por espacio de algunos meses los bonzos pueden dejar sus monasterios é ir donde mejor les parece.

XXIV.

Nophabury.—La procesion anual de la inundacion.—Los talapinos, curas, frailes, predicadores y preceptores.—El parque de los elefantes de Ajuthia.—Gran batida.—Partida para el Nordeste.—Saohaie y la provincia de Petchabury.

Antes de abandonar definitivamente las llanuras de Siam, quise aprovecharme de las facilidades que su inundacion daba á la navegacion de una barca como la mia para llegar á Nophabury, la Louvo de los escritores del último siglo, en la cual los reyes de Siam, antes de la ruina de Ajuthia, tenian su residencia de verano y se divertian con la caza del elefante mientras no bajaban las aguas. Dicha ciudad, situada en el límite de las bajas y altas tierras de la hoya del Menam, aunque muy decaida, sigue siendo aun la capital de las mas ricas provincias del reino, que es tal vez la mas agradable. Dominando al Mediodia los mas fértiles arrozales del Delta, se apoya al Norte en colinas cubiertas de plantaciones de girasoles y plátanos, dominando al horizonte azul un vasto semicírculo de montañas pobladas de árboles. Tal es al menos el aspecto del pais que abarca mi vista desde una pequeña pagoda, que fue en otro tiempo un templo católico, como lo demuestran su agricultura y la inscripcion *Jesus hominum salvator*, grabado en letras de oro en el baldaquino de un altar de columnas extraviadas al gusto del siglo XVII.

Dicho templo era la misma capilla del palacio de Constancio, de aquel aventurero de genio que soñó el primero en la renovacion del Oriente por el Occidente, invocó para sus designios el apoyo de Luis XVI, hizo conceder á los franceses las plazas de Bangkok y

de Mergui y pereció víctima del odio y de las intrigas del antiguo partido conservador siamés. Las ruinas de su morada de príncipe cubren actualmente la tierra, pero el pórtico ojival aun en pie y los lienzos de pared ó hastiales que han quedado intactos indican vastas proporciones, al mismo tiempo que los numerosos fragmentos de mármol, que yacen entre los escombros, revelan el gusto y la magnificencia del fundador del edificio. Bien se ve que aquella arquitectura es contemporánea de los esplendores de Versailles, y fácilmente se concibe que la circunstancia de hallar á distancia de 4 leguas, aunque sea bajo montones de ruinas, huellas del genio de la tierra natal, no es para el viajero un manantial escaso de conmociones.

En el trayecto acuático que acababa de recorrer desde Petchabury habia encontrado muchos talapinos. A bordo en las embarcaciones que se estilan en la comarca, desde la simple piroga hasta la espaciosa y brillante barca cubierta que se llama *alféce*, *globo*, vogaban á todo remo hácia Ajuthia, punto de isla designado de la procesion náutica (un antiguo griego habia dicho *la teoria*), que todos los años, al hallarse la inundacion en su apogeo, se traslada pomposamente á la cima del Delta para significar al Menam que su crecida es suficiente y que por tanto tenga la bondad de bajar el nivel de sus aguas.

En semejante ocasion los santos personajes sacan á relucir todos sus cantos y exorcismos, cuya virtud no es lícito poner en duda, porque por mala voluntad que muestre el rio, mas pronto ó mas tarde acaba siempre por encauzarse de nuevo.

Los talapinos se valen de las mismas prácticas contra todas las calamidades prudentes del hecho de la naturaleza, tales como sequías ó lluvias prolongadas, plagas de langosta, epidemias, etc. Cuéntase que cuando la primera invasion del cólera (venido de Java, segun la opinion comun), nada mejor se les ocurrió que echar al mar al terrible azote, pues parecia que el mar lo habia vomitado. Los pobres *phras* se desplegaron en líneas cerradas y paralelas por todos los brazos del rio que conducen desde Bangkok al Océano, y los bajaron cantando, riendo y anatematizando con un celo ardiente, digno de mejor suerte que la que experimentaron en su mayor parte, acometidos en el corto trayecto de ocho leguas por el terrible enemigo que ellos acosaban. Sin embargo, como al cabo de cierto tiempo el cólera, siguiendo su marcha habitual, perdió su violencia y al fin desapareció, los que sobrevivieron á aquella heroica batida no dejaron de atribuirse la victoria.

En el momento de alejarme, tal vez para no regresar nunca á ellos, de los centros de poblacion en que aquella gran corporacion ejerce su mas alta influencia, creo indispensable bosquejar los principales